

1

Fragmento de *Las memorias de Ludlow Fitch*

Cuando abrí los ojos, supe que nada de mi miserable vida hasta ese momento podía ser peor que lo que estaba a punto de suceder. Estaba tendido en el frío suelo de un sótano iluminado con una única vela, a la que apenas le quedaba cera para una hora. De las vigas de madera del techo, colgaban ganchos con instrumental odontológico. Las manchas oscuras del suelo parecían de sangre. Sin embargo, lo que acabó de confirmar mis sospechas fue la silla que había al otro lado del sótano. Las gruesas correas de piel unidas a los brazos y las patas estaban allí para un único propósito: sujetar a la reticente víctima. Mamá y papá estaban de pie junto a mí.

—Se ha despertado —exclamó mamá, muy alterada.

Papá me levantó. Me agarró con mano de acero y me torció el brazo por detrás de la espalda. Yo los miraba. Sus sonrientes caras estaban a escasos centímetros de la mía. Sabía que, para salvarme, no debía mirarlos.

Otro hombre, que hasta ahora había permanecido escondido entre las sombras, se me acercó y me cogió por la barbilla. Me abrió la boca a la fuerza y me pasó un asqueroso dedo negro por las encías.

—¿Cuánto? —preguntó papá, que ya salivaba de emoción.

EL LIBRO NEGRO DE LOS SECRETOS

—No está mal —dijo el hombre—. Tres peniques por pieza. Quizás unos doce, en total.

—Hecho —dijo papá—. Además, ¿quién necesita dientes?

—Espero que alguien —respondió el otro hombre, muy seco—. Me gano la vida vendiéndolos.

Y los tres se echaron a reír: mamá, papá y Barton Gumbroot, el famoso dentista del callejón Old Goat, conocido por sus malas artes.

Una vez acordado el precio por mis dientes, se pusieron manos a la obra. Entre los tres me llevaron hasta la silla del dentista. Yo pataleé, grité, escupí y mordí; no iba a ponérselo nada fácil. Sabía cómo se ganaba la vida ese Barton Gumbroot: se aprovechaba de los pobres, les arrancaba los dientes, les pagaba unos pocos peniques por ellos y los vendía diez veces más caros. Estaba muerto de miedo. No me habían dado nada para anestesiarme. Iba a sentirlo todo. Cada punzada de dolor en los nervios.

Estuvieron muy cerca de lograr su diabólico propósito. Mamá estaba peleándose con la hebilla de la correa de la pata de la silla, con las manos temblorosas de lo mucho que había bebido el día anterior, mientras papá intentaba sujetarme para que no me moviera. Barton Gumbroot, ese monstruo repugnante, estaba a mi lado con su brillante aparato para arrancar dientes y no dejaba de abrirlo y cerrarlo, una y otra vez, mientras se reía y salivaba. A día de hoy estoy convencido de que su mayor placer en la vida era infligir dolor a los demás. Y le gustaba tanto que no pudo esperar más y, antes de darme cuenta, noté el frío metal de su aparato de tortura agarrado a uno de los dientes delanteros. Apoyó el pie en mi pecho para ejercer más fuerza y empezó a estirar. No puedo describiros el dolor que sentí en toda la cabeza, el cerebro y en

Fragmento de Las memorias de Ludlow Fitch

cada una de las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. Era como si me estuvieran abriendo la cabeza. El diente se movió ligeramente en la mandíbula y otra descomunal punzada de dolor me estalló detrás de los ojos. Y, mientras tanto, mamá y papá estaban allí, riendo como locos.

La rabia se apoderó de mí como una ola gigantesca. Escuché un rugido digno de una bestia de la jungla y una furia desatada se apoderó de mí. Con la pierna que tenía libre le di una fuerte patada a papá en el estómago y lo tiré al suelo. Barton, a quien mi reacción pilló por sorpresa, soltó el aparato; lo cogí con fuerza y le di un fuerte golpe en la cabeza. Me desaté la otra pierna y me levanté. Papá estaba retorciéndose de dolor en el suelo. Barton estaba contra la pared, con las manos agarrándose la cabeza. Y mamá estaba arrinconada en una esquina.

—No me pegues —me suplicó—. No me pegues.

No negaré que estuve muy tentado de hacerlo, pero sabía que era mi única oportunidad para escapar. Papá estaba empezando a levantarse. Solté el aparato de Barton y, en cuestión de segundos, salí por la puerta, subí las escaleras y salí al callejón. Escuché los chillidos de mamá y los gritos y las maldiciones de papá. Cada vez que miraba hacia atrás, veía la cara rabiosa de papá y el resplandeciente aparato de tortura de Barton, en forma de gancho, brillando bajo las amarillas luces de las lámparas de gas de la calle.

Mientras corría, intentaba pensar adónde ir. Mis padres conocían casi todos mis escondites. Al final, me decidí por la tienda del señor Jellico pero, cuando estuve delante de la misma, estaba todo a oscuras y la persiana estaba bajada. Golpeé en la ventana y lo llamé a gritos, pero no obtuve respuesta. Maldije mi suerte. Sabía que, si el señor Jellico no estaba en

EL LIBRO NEGRO DE LOS SECRETOS

casa a esas horas de la noche, podía ser que no regresara en días. Sin embargo, aquella información era de muy poca ayuda en las circunstancias en las que me encontraba.

Y ahora, ¿adónde podía ir? Al puente del río Hedor y al hostel Dedo Ligerero. Puede que Betty Peggotty, la propietaria, me ayudara. Corrí por el callejón y fui a parar a la calle grande, pero mis padres y Barton ya me estaban esperando.

—Ahí está —gritó mamá, y la persecución volvió a empezar.

Su resistencia física me sorprendió bastante, sobre todo la de papá. Jamás me hubiera imaginado que resistirían tanto tiempo. Durante casi un kilómetro, me persiguieron por los estrechos callejones sin adoquinar y por las pestilentes calles, al tiempo que sorteábamos cuerpos y esquivábamos manos que intentaban agarrarnos, hasta el río. Cada vez que miraba hacia atrás parecía que estaban más cerca. Sabía qué pasaría si me atrapaban otra vez. El dolor en la encía cubierta de sangre era la única prueba que necesitaba.

Cuando llegué al puente, estaba exhausto. Un poco más allá vi un carruaje en la puerta del Dedo Ligerero. En cuanto las ruedas empezaron a girar, me agarré a la parte trasera con todas mis fuerzas. El carruaje se alejó y lo último que recuerdo es a mi madre de rodillas en el suelo. Me estaba chillando desde la orilla del río y el monstruo, Barton Gumbroot, agitaba el puño enfurecido.

Me llamo Ludlow Fitch. Igual que una infinidad de gente, tuve la enorme desgracia de nacer en la Ciudad, un lugar asqueroso que no se merecía ni nombre. Y allí habría muerto si no hubiera sido por mis padres. Me salvaron, aunque ésa no

Fragmento de Las memorias de Ludlow Fitch

era su intención, cuando me entregaron, a su único hijo, al monstruo de Barton Gumbroot. Aquella traición seguramente fue el mayor golpe de suerte de mi vida. El diabólico plan de papá y mamá puso fin a una etapa y marcó el inicio de otra: mi vida con Joe Zabbidou.

2

Fragmento de *Las memorias de Ludlow Fitch*

En aquel momento no lo sabía, pero me había apuntado a un viaje gratis en el carruaje del señor Jeremiah Ratchet. El traqueteo del viaje duró horas, y el señor Ratchet no dejó de roncar sonoramente ni un minuto, tanto que lo escuchaba a pesar del ruido que producían las ruedas contra las piedras del camino mientras estaba colgado del eje como un mono. El tiempo empeoró y empezó a nevar. El camino se estrechó y los baches eran cada vez más grandes, profundos y frecuentes. El conductor no pensaba en absoluto en la comodidad del viajero. Si no fuera porque las manos se me habían congelado en aquella posición, me hubiera podido caer con mucha facilidad. Sin embargo, a pesar de esto y del estómago revuelto (lo paso muy mal con los viajes), al final del día estaba casi dormido. El carruaje empezó a subir por un empinado camino hacia lo alto de una colina y al final llegamos al que sería mi hogar en el futuro más cercano: el montañoso pueblo de Pagus Parvus.

En cualquier otra circunstancia, jamás habría elegido venir aquí pero, en ese momento, el destino del viaje no estaba en mis manos. Al final, el carruaje se detuvo frente a una casa muy grande y el conductor bajó de su asiento. Escuché cómo golpeaba la puerta del carruaje.

Fragmento de Las memorias de Ludlow Fitch

—Señor Ratchet —dijo—. Señor Ratchet.

Sin embargo, no obtuvo respuesta, así que fue hasta la casa a buscar a la doncella. Salió una chica joven que no parecía demasiado contenta. El conductor la llamó Polly. Entre los dos, consiguieron subir al señor Ratchet por las escaleras acompañados de ronquidos (del señor) y quejidos (de ellos dos) y lo entraron en casa. Aproveché la oportunidad para saltar y echar un vistazo al interior de la cabina, donde encontré un monedero de piel, una bufanda de seda con flecos y un par de guantes. Me envolví la bufanda alrededor del cuello y me puse los guantes en las manos congeladas. En el monedero sólo había unos pocos peniques, pero algo era algo. Salí y vi que la chica estaba en el umbral de la puerta mirándome. Tenía una leve sonrisa y me sostuvo la mirada durante un largo segundo. Escuché que el conductor se acercaba y supe que tenía que marcharme. Podría haber ido hacia arriba o hacia abajo pero, por alguna razón desconocida, escogí subir.

La colina era engañosa. Mientras subía, escuché que la campana de la iglesia tocaba las cuatro. Aunque había dejado de nevar, el aire era frío y cortante como un cuchillo y sabía que necesitaba encontrar un refugio. A pesar de la hora y de la ausencia de luz en las calles, tenía una ligera idea de a dónde me dirigía. Lo que me iluminaba el camino no era la luna, porque era una delgada línea blanca, sino las luces que brillaban detrás de las ventanas. Por lo visto, no era el único que estaba despierto en el pueblo.

Me detuve en un edificio vacío que había en lo alto de la colina. Estaba aislado bajo la sombra de la iglesia, separado de las demás casas y tiendas del pueblo por un callejón. Estaba intentando encontrar la forma de entrar cuando escuché

EL LIBRO NEGRO DE LOS SECRETOS

pasos en la nieve que se acercaban. Me acurruqué en un rincón del callejón y esperé. Un hombre, encorvado, bajó con mucho cuidado por la colina. Llevaba una pala de madera encima del hombro y estaba murmurando algo para sí mismo. Pasó junto a mí, sin mirar a derecha ni a izquierda, y cruzó la calle.

Cuando se perdió en la noche, apareció otra figura. Incluso hoy todavía recuerdo que emergió de la luz como por arte de magia. Lo vi que ascendía muy decidido hacia donde yo estaba. Daba unas zancadas muy grandes y enseguida cubrió la distancia que nos separaba. Cojeaba, inclinaba ligeramente el cuerpo hacia el lado derecho, y una huella era más profunda que la otra.

Creo que fui la primera persona que vio a Joe Zabbidou y sé que fui la última. ¿Era una simple coincidencia que hubiéramos llegado al pueblo al mismo tiempo? Sospecho que influyeron otros factores. A diferencia de mí, él no huía de nada. Tenía un objetivo, pero supo mantenerlo en secreto.

3

La llegada

No resultaba fácil describir a Joe Zabbidou con precisión. Era imposible determinar su edad. No era corpulento ni delgado, aunque quizá podría describirse como esbelto. Y era muy alto, algo que resultaba un claro inconveniente en Pagus Parvus. El pueblo se construyó en la época en que sus habitantes eran una media de quince centímetros más bajos y todas las viviendas estaban construidas basándose en esas medidas. De hecho, el pueblo se había creado durante los años de la «Gran Escasez de Madera». El rey de la época decretó que todo el mundo debía colaborar en el ahorro de madera, y el resultado fue que las puertas y las ventanas se hicieron más pequeñas y estrechas de lo habitual y los techos eran particularmente bajos.

Joe iba muy bien abrigado para el frío que hacía, aunque por lo visto no sabía que lo que ahora estaba de moda era el abrigo de cuello alto. En lugar de eso, llevaba una capa de color verde oscuro con botones de palillo que le llegaba hasta los tobillos. Eso sí, la capa era de lana de jocastar. El jocastar era un animal parecido a la oveja, aunque con las piernas más largas y delgadas y más delicado, que vivía en las cimas de las montañas del hemisferio norte. Una vez al año, en septiem-

EL LIBRO NEGRO DE LOS SECRETOS

bre, mudaba de pelo y sólo los escaladores más ágiles se atrevían a subir hasta allí arriba para recoger la lana. La capa estaba ribeteada con la piel más suave de todas: la chinchilla.

Joe calzaba un par de botas de piel negras, muy brillantes, sobre las que caían los bajos perfectamente planchados de los pantalones color malva. Llevaba una bufanda de seda atada al cuello y un gorro de piel con forma de olla que le tapaba hasta las orejas. No le recogía todo el pelo y vi varios mechones plateados y rizados que le salían por debajo.

Con cada paso que daba, un juego de llaves que llevaba atado al cinturón repiqueteaba cuando chocaba contra su muslo. En la mano derecha llevaba una vieja cartera tan llena que las costuras estaban muy tensas y, en la izquierda, una bolsa de tela húmeda fruncida con un cordón de la que surgía, de forma intermitente, un croar.

Deprisa y en silencio, Joe subió la cuesta hasta que llegó al último edificio de la izquierda. Era una tienda que estaba vacía. Detrás, había un cementerio tapiado, que marcaba el límite del pueblo, junto al cual estaba la iglesia. Más allá, el camino se perdía en la nada grisácea. La nieve se había acumulado en la entrada de la tienda y los viejos alféizares de las ventanas. La pintura había saltado y, encima de la puerta, crujiendo por la fuerza del viento, había un viejo cartel con el dibujo de un sombrero. Joe se tomó un segundo para mirar la calle hasta la base de la colina. Ya eran las primeras horas del día pero, a pesar de todo, las luces amarillentas de las lámparas de aceite y de las velas resplandecían detrás de muchas ventanas y contraventanas y, en más de una ocasión, vio la silueta de una persona que paseaba de un lado para otro delante de la ventana. Sonrió.

—Es aquí —dijo, y entró en la tienda.

La llegada

Era un espacio relativamente pequeño. El espacio entre el escaparate y el mostrador era de apenas tres pasos. Joe fue hasta detrás del mostrador y abrió la sólida puerta que comunicaba con una habitación. Una pequeña ventana en la pared del fondo permitía que la luz de la luna iluminara la penumbra. El mobiliario era escaso y viejo: un par de sillas con el respaldo de madera y una mesa, una pequeña estufa y una estrecha cama pegada a una de las paredes. Paradójicamente, la chimenea era enorme. Medía casi dos metros de ancho por uno de fondo, con lo que ocupaba casi toda una pared. A cada lado del hogar había una vieja butaca tapizada con el respaldo de madera. No era mucho, pero bastaría.

Joe se instaló. Prendió la mecha y encendió la lámpara que había encima de la mesa. Se quitó la bufanda del cuello, el gorro y se desabotonó la capa y lo dejó todo encima de la cama. Después abrió la cartera y, mientras un silencioso observador se asomaba por la ventana, vació el contenido encima de la mesa. El observador no se movió, aunque sus ya de por sí enormes ojos oscuros se abrían hasta límites insospechados mientras Joe sacaba ropa, zapatos, una colección de baratijas y adornos, algunas piezas de joyería buenas, dos panes, una botella de cerveza negra, otra botella con el cristal oscuro y sin etiqueta, cuatro relojes de bolsillo (con las cadenas de oro), un farol de latón, un frasco de cristal rectangular con una tapa con orificios para la ventilación, un libro negro muy grande, una pluma y un tintero y una pata de palo de caoba perfectamente pulida. Aparentemente, aquella cartera era muy espaciosa.

Joe desenroscó la tapa del frasco y luego cogió la bolsa de tela y empezó a aflojar el cordón. La dejó encima de la mesa con mucho cuidado y, un segundo después, un ejemplar bastante espectacular de rana con unos tonos de piel mezclados

EL LIBRO NEGRO DE LOS SECRETOS

y una expresión inteligente salió delicadamente de entre los pliegues de la tela. Joe la cogió con mucha suavidad y la colocó dentro del frasco, desde donde la criatura parpadeó muy despacio y empezó a masticar a conciencia varios insectos secos que había dentro.

Justo cuando Joe dejó caer otro bicho en el frasco, se irguió de forma casi imperceptible. Sin mirar atrás, salió de la habitación, y los ojos de la ventana lo siguieron con curiosidad. Sin embargo, no lo vieron salir a la calle. Ningún oído humano hubiera podido escucharlo mientras caminaba de puntillas por la parte trasera de la tienda, donde se abalanzó sobre la figura que estaba junto a la ventana y lo levantó sin ningún esfuerzo agarrándolo por el esquelético pescuezo.

—¿Por qué me espías? —preguntó Joe con un tono de voz que exigía una respuesta inmediata.

Tenía al muchacho agarrado con tanta fuerza que el pobre sólo podía toser para seguir respirando, puesto que los pies apenas le tocaban el suelo. Intentó hablar, pero el miedo y la sorpresa lo habían dejado mudo. Sólo abría y cerraba la boca como un pez fuera del agua. Joe lo sacudió y le repitió la pregunta, aunque esta vez con menos rotundidad. Cuando no obtuvo respuesta, soltó al chico, que cayó sobre la nieve como un patético despojo humano.

—Mmm... —Joe se quedó mirándolo un buen rato. Estaba muy pálido y daba auténtica lástima; estaba desnutrido y temblaba tanto que casi se podía escuchar el repiqueteo de sus huesos. Sin embargo, tenía unos ojos impresionantes, de color verde oscuro con reflejos amarillos y hundidos en unas ojeras negras. Su piel hacía juego con la nieve, tanto en color como en temperatura. Joe suspiró y lo levantó—. ¿Cómo te llamas?

—Fitch —respondió el chico—. Ludlow Fitch.